


ENRIQUE GONZALEZ ROJO

Dimensión Imaginaria

(Ensayo Poeticista)

CUADERNOS
AMERICANOS



ENRIQUE González Rojo, nieto del gran poeta, don Enrique González Martínez, recientemente desaparecido, tenía por sus ilustres antecesores contraído un grave deber, antes de publicar versos propios. Porque, en efecto, suele ser difícil para los descendientes de un gran artista —este es el caso de don Enrique González Martínez— superar tan poderosa influencia. Mas, en cuanto al poeta Enrique González Rojo, hijo, puede decirse que no sólo ha superado airoosamente tal responsabilidad, sino que en su primer libro *Dimensión Imaginaria* muestra ya poseer acento personal. Y no sólo respecto a las probables influencias anotadas, sino aun dentro del panorama de la poesía nueva de México, a la cual se incorpora vigorosamente en este libro.

Basado en la clásica leyenda de Pulgarcito —tema infrecuente en la poesía mexicana— ha escrito un libro de extraña imaginería, en versos de elevada factura literaria; no se descubren en ellos las referencias habituales a nuestros jóvenes artistas. Por el contrario: cierto tono infantil, y a la vez profundo, otorga a *Dimensión Imaginaria* características muy peculiares; todo ha sido calculado en este original poema; no obstante nada ha perdido en frescura, en emoción.

Dimensión Imaginaria consta de dos versiones distintas de la leyenda, las cuales, compuestas desde diferentes puntos de vista, se complementan en una visión extraña de realidad mágica. Poema rico en simbolismos no es, sin duda, de lectura fácil; más en ello radica también su encanto. No se inicia este poeta por fáciles caminos; al contrario: desde el principio se ha propuesto, con absoluta lucidez —como prueba su meditado prólogo, en el cual esboza una estética propia— vencer arduas dificultades; esto sólo bastaría —sino existiese además diamantinos versos— para decir que Enrique González Rojo, hijo, es un auténtico artista.

“DIMENSION IMAGINARIA”

(Versión en Verso)

A

Salvador y Margarita Martín del Campo.



AL tratar de cumplirte, compañera,
la historia prometida
de que tu Pulgarcito pudiera dar un brinco
yendo de sus ficciones a lo humano,
nació tu personaje con tan pequeña mano
que en ella no le cupo la línea de la vida;
con lo que, compañera,
—por ser tu Pulgarcito— ves que me he retirado;
tú, de pequeña altura, sabes que en mi carrera
huyo de ese gigante que yo soy a tu lado.

Al mirar el crepúsculo percibes
que estás ante el espejo retardado
del albor matinal o que recibes
una fotografía del ocaso presente
(dentro de un cuarto oscuro revelado):
la albura que mañana contemplarás enfrente.

Un carro de bomberos cruza nuestra vereda,
lleva por dirección el horizonte:
sabemos, cuando llegue, que en el monte
se encontrará tan sólo con aquella humareda
de la que huyen los ojos: mirada adormecida
cuando las sombras dan la bienvenida.

Todo, con las tinieblas, se ve como dormido,
¿qué fotógrafo fue —tu voz murmura—
quien nos ha consentido,
tras abrir una jaula, ver que el pájaro fuera
volando sobre toda la llanura;
fotógrafo que deja que vuele su avecilla
con el ala tercera
que le brinda la abierta puertecilla ?

Querrías, compañera,
que yo no me durmiese, que fuera de mi cuerpo
sábana insuficiente mi párpado cerrado,
que, de estar acostado,
la almohada, que es funda de un cordero
que permanece inmóvil para ser bien contado,
me llenase de insomnio; que fuera prisionero
—como pastor que escucha durante todo un día
las esquilas, las lenguas exteriores
del rebaño que cuenta mientras guía—
de un insomnio perenne. Dicha majada lleva

las lenguas exteriores para que los sonidos
se escuchen más intensos, cuando mueva sus cuerpos
por las vallas brincando. Pensar te desazona
que en pájaro un cordero se viera transformarse
tras de saltar la valla, pues, con ello, pudiera
dejar adormecida a mi persona.

Tú no quieres venir, pues a mi vera,
cuando hubieses llegado,
saber te dolería
que en mi persona miro
después de tu jornada, que llega la agonía
del personaje tuyo, que mi último suspiro,
llevado, como un ave, por el ala
delante de mi cuerpo, me regala,
por toda mi silueta,
músculos prisioneros
de una inmovilidad que es ya completa.
Tú quisieras, entonces, poderme regalar
un rebaño infinito de corderos
que, para no morirme, tuviera que contar.

Yo soy, sobre el paisaje, de tal modo tu cuento,
que su esquina le buscas a la tarde leída,
pues quieres recordar, tras de doblarla,
todo lo que sucede en el momento;
mas, sin poder hallarla,
te quedas distraída:
cuando pones los ojos en la senda
donde el cuento se forma
fugarte se te ve de los renglones,
tu mirada tan sólo, cruzando las ficciones,
sirve como señal de esta leyenda.
Como podemos ver, es imposible
—por más que se te sepa distraída—
que subas al satélite invisible
del ángel de tu guarda —pues realizar tal vuelo
significa, perdida
la ruta de la vida,
que puedes aguantar, fuera del cielo,
tu aliento cuando cruzas el vacío—.
Aunque el ángel se mire tan lejano,
tan fuera de ti vives, que eres tu propio traje;
yo por esto quisiera, por que tu cuerpo fuese
completamente mío,

que entre tu cuerpo y tu alma se escurriese,
permitida, mi mano,
por ver tras de tus ropas
si en un Edén habitas, en el cual acostumbras
presentarte, cual Eva, desvestida,
sin sacudirte con temblor el frío,
ya que tu piel está bien protegida.
Tu distracción proviene de ese río
que corriendo percibes, arroyuelo que salta
leyéndose en voz alta:

(Habla el arroyo):

"Del gigante del terreno inclinado
se evade mi corriente
cuyos pies han calzado
botas de siete leguas; mas cercana se siente
la terrible pisada;
se escucha, se presiente
la mano del gigante enfurecida,
¿qué es lo que pasará?"

(Deja de hablar el arroyo):

Libro de cuentos,
con rapidez hojeado por los vientos
es el río que miras, distraída.

De tanto, sobre el agua, contemplar tu reflejo,
de pronto, se ve te va con la corriente,
ya que en el fondo de ésta, no se mira presente
la linfa detenida de un espejo.

Estando confundidos
la aurora y el poniente
la linfa se despierta: se mira su corriente
con círculos concéntricos nacidos,
al confundir oriente y occidente,
como un amplio bostezo de los ojos.
Los círculos concéntricos se miran
abiertos ampliamente, pues suspiran
abandonar su límite minúsculo
para mirar los rojos
destellos del crepúsculo.

Cuando miras la imagen del ocaso que nada,
lámina de colores te parece,
lámina de este cuento, dibujada
por un raro pincel que nos ofrece,
ya que en su punta vemos un espejo,
la causa del reflejo
del albor matinal en el ocaso:
dicho pincel, al paso
de trazar el poniente, le prodigó su espejo.

Pues se te fue la imagen, y el ondeo
que percibes enfrente
sólo copia la imagen del poniente,
sientes un gran deseo
de tocarte la cara, pues supones
que un crepúsculo tienes en lugar de facciones;
por miedo de quemarse, luego veo
que tus dedos no suben. Tienes tanta congoja
porque me voy perdiendo que, por más que no llores,
puede ser que el pañuelo se te encoja;
puede ser asimismo que evapores
con tu faz unas lágrimas —que imiten
Icaros diferentes, a quienes se derriten
los pies y no las alas— sin poder, por lo tanto,
convertir en espejo, regándole tu llanto,
la piel de ese pañuelo que después de encogerse
copia la pequeñez que puede verse
llegar a tu persona
si ésta sólo una lágrima abandona.

Poco después tu audacia te permite
llegar a tus facciones con el vuelo
que tus dedos emprenden, Icaros que su cielo
sienten que se derrite
—cuando tocan la cara— por la pasada influencia
del calor que en el rostro colocó la creencia.

Como nos parecemos
a las pastas de un libro que es abierto,
cuando vuelva, cerrándolo, sabremos
a Pulgarcito muerto,
porque tan fuertemente
lo oprimirán las pastas, que se verá impotente,
para dar ese paso con que se va a la vida.
Si un cuaderno se cierra,

un borrador destruye, mientras les echa tierra
poniendo paletadas de blancura,
las palabras del libro. Quizás quede perdida
la palabra del niño de tu cuento,
pues tendrá tan borrada su escritura
que el papel romperán, y el pensamiento
creerá que Pulgarcito tiene su alojamiento
dentro del paladar de una polilla.
Como todos los brincos a la Altura
tienen su escalerilla
destruida al segundo de sus peldaños siempre,
de la misma manera
si abriéramos el libro que cuenta su aventura,
querría Pulgarcito saltar desde su mundo
hasta nuestra llanura;
sería como un ave que se hubiera
puesto las alas rotas de una jaula, que fuera,
de contenerla tanto,
modelando para siempre su vuelo
al tamaño preciso
que su celda tuviera,
por lo que si después la contempláramos
sin despegar del piso,
brincando por el suelo,
tal vez los dos pensáramos
que en el sitio que vese,
desde que la dejaron
en libertad, al ave le cortaron
las alas por las puntas para que no partiese.

Liñapoma, canario que solía
ser, como todo pájaro, la flecha
que el arco de sí mismo poseía
dentro de su plumaje,
se mira, pues acecha
diversas direcciones, presa del desvarío
de ver que en el paisaje,
cual ángeles custodios,
sus blancos se rodean de vacío.

No podrá Pulgarcito lograr el crecimiento,
que es encarnar un salto, brincando de esa guisa,
para crecer, precisa
de un puñado de leguas que fuera su alimento.

Pulgarcito quisiera
colocar a tu vera
su pequeñez; no sabe que en su intento
de llegar a tu lado,
se vería, cual Sísifo, burlado:
cada vez que subiera
podría columbrarse su estatura
rodar a la lejana carretera
donde lo contemplamos con tan pequeña altura.

Temo, por ser un niño, Pulgarcito murmura,
que el beso que me dieras sin tener que inclinarte,
llegase únicamente,
mostrándome el cariño de tu parte,
a mitad de mi frente.

Ha crecido tu mano
porque tienes presbicia,
pañuelo del adiós, su alargamiento,
percibe, cuando inicia
mi pie su caminar a lo lejano,
que mi primera huella, por el desprendimiento
de la bota calzada
—ya que es de dicha bota la suela mal clavada—
mira tu despedida. De esta huella sembrada
crece un algodonal que se despide
desde una de tus manos. Tu congoja despide
su llorar al pañuelo que miras encogerse
junto con el dolor —pues, tras el llanto,
ya no te duele tanto—;
mas al cesar el lloro, puede verse
sin lágrimas tu cara; porque, con el consuelo,
los ojos siempre lloran su pañuelo.

Mi estatura avizoras acortada
porque en el transitar hacia la ausencia,
la suela del zapato, se presencia
cada vez más gastada.
Yo tengo la conciencia
—cuando la suela ha sido traspasada—
de que el globo terrestre se transforma
porque su plana forma
se convierte en esférica. Mi planta
lo prueba, pues mi pie, que la levanta,
me enseña que, de tanto cruzar por el sendero,

de una forma convexa se mira prisionero.

De los ojos las lágrimas retiras
porque seguramente
murmuras en la mente:

(Habla la mujer):

—"pues tanto, desde lejos, a los ojos me miras
que imagino: 'mis lágrimas semejan
ojos de Pulgarcito que como no cupieron
en mis órbitas grandes por su poco tamaño,
de los párpados míos se cayeron';
tras esta previsión se ve que dejan
mis pupilas su riego
por no causarte el daño
de sentir que en el bosque vas caminando ciego".

"Como la noche baja, sin luz, hasta los llanos
que pequeño recorres, por lo que no te veo,
sabiendo que eres niño, me da pena
pensar que cuando juegues con arena
sea, pues, por ahora, percibes con las manos,
la arena de Morfeo".

"Como tienen tus manos, en los dedos, miradas,
parpadear te siento
cuando, sobre las cosas, se te ve dar palmadas;
tú puedes colocar en un momento
multitud de semanas en los músculos
que tus párpados guardan, pues en cada
cerrada de los ojos, tu mirada
—por más que con amnesia de crepúsculos—
camina de las sombras hacia la madrugada".

(Deja de hablar la mujer).

Murmura Pulgarcito:
para mi parpadeo —con noches— necesito
miles de lazarillos que me den un trayecto
constantemente recto,
y puesto que los hombres que fallecen
guardan, con los dormidos, sólo la diferencia
de que en el tórax de éstos, se presencia,
que las palpitaciones el insomnio padecen,
me sabes en la ruta, pisando los abrojos,

pues piensas que poseo
la multitud de sueños que el actual parpadeo
pone sobre mis ojos.

"Aunque yo caminara lentamente,
la mirada podía
colocarse, de día,
botas de siete leguas; mas mi llorar frecuente
viene de que en la noche tengo un impulso vano
de mirar lo lejano:
la noche, que se nubla de manera insistente,
descose de esa bota las leguas que tenía,
leguas que se miraban ensartadas
por el hilo de Creta, con el que se podía,
cuando fulgor había,
descubrir en regiones alejadas
recónditas entradas,
y que, con la neblina,
la mano de Penélope, se inclina
destejiendo la bota, dejando la costura
sin una sola legua para ver la llanura.
Durante este momento,
tengo tanta ceguera
que mis párpados son la noche entera,
por lo que, con mis manos, ya que dormir intento,
se me ve restregar el firmamento.

Lloro con tal porfía
que en los ojos el líquido me encoge
la imagen de tu cuerpo que con mi pie retiro.
Mira, la lejanía,
cuando mi llanto tiro,
reduce las imágenes que coge
porque es agua caída
sobre la carretera recorrida.

Lloro porque quisiera
—pues de los ojos mana
la gota de rocío que rueda por el suelo—
que posible me fuera
que más pronto viniese la mañana
con rasgar mi pañuelo.

Ayer daba tu mano
de beber a mis labios en la fuente;

hoy, que en lugar lejano
se quedaron tus dedos, mano desconocida,
por ocupar el sitio que en mí tuvo tu vida,
—pues corriente
colúmbrase en mis ojos— equivoca
la ruta de mi boca.

Al irme me fuí regando mi sendero
de migajas de pan por encontrarte,
mas al querer hallarte
tan sólo me he encontrado con un nido;
mejor hubiera sido
regar con piedrecillas todo mi derrotero
y en un ábaco tal hacer la resta
de la distancia puesta.

¿Por qué me fui regando de migas el camino,
por qué no usé guijarros que eran segura vía?
¿Porque junto de ti me sobrevino
tal afán de niñez, que no podía
—víctima del rigor de ese deseo
con el que ya pequeño me sentía—
percibir, de las ramas, un gorjeo?

Mi mano, con migajas, ver nos deja
que un diminuto pan, así, semeja,
me siento por lo mismo que soy apetecible
para cualquier gigante que caminara hambriento.

Cuando sintió tu niño, ya de lejos, la ausencia,
migas comió de pan, y, en consecuencia,
trepado se le vio sobre un ramaje
captando la presencia,
por una lucecilla,
de un lóbrego hospedaje.

Como los altos frutos saben astronomía
mejor que un caminante, cuando desde la rama
—donde, por orientarse, tu niño se encarama—,
se percibe una choza que tenía
su interior encendido,
tu muchacho que busca por el azul entero
si una constelación perdió un lucero,
percibe el firmamento, sorprendido.
Cuando bajó del árbol ascendido

—ya que sirvió la guija de la altura
para dejarle ver senda segura—
se le piensa David pues ha podido,
por medio del guijarro de su actual estatura,
destruir al Goliat que era subido.

Me recibe la infancia
donde el mutismo mío sin terminar se siente
cuando grande distancia
mi paso nos coloca;
tal vez será mejor en el presente
llenar, como Demóstenes, la boca
de piedras que de tanto vivir en la corriente
hagan fluir los labios, en agua convertidos,
y puedas, de mi boca, percibir los sonidos.

Pero mejor escuchas este cuento
cuando me ves callado
por esa lejanía
que —pues entre nosotros, tras de mi alejamiento,
un ángel nos enseña—
presenta analogía
con un labio cerrado
por el dedo que soy; con esta seña
hago que un ángel mande el firmamento
puesto que si mi dedo sobre un labio se instala
a los cielos señala.

Por el calor presente, dentro de unos instantes,
veremos que una parte de este cercano ondeo
se convierte en un pájaro...; mas, creo
que volará a mis manos porque tan semejantes
son mi palma y un nido
que si en ella cavases, he creído
que podrías toparte con un gorjeo.

Tu Pulgarcito juega
cuando la barca de su sed navega
yendo por el arroyo
con un hilo llevada.
Mas su nave, de pronto, ve inundada
pues se le forma un hoyo:
la boca de tu niño. Y pues éste se inclina
por beber, al riachuelo,
mientras entre los labios se coloca

unas migas de pan, el arroyuelo
que, sin cesar, camina
siguiendo los guijarros, al encontrar su boca,
por las migas, confuso, pierde el viaje
y se hunde entre los labios del niño personaje.

Pues fija tu recuerdo la medida del traje
con que estaba abrigado
cuando tú me veías a tu lado,
ahora, tras el viaje,
no me queda ajustado,
por lo que la corriente lo reduce,
pues hame salpicado
buscando mi medida, como si me incitara
—pues desnudez pequeña me produce—
a que en el agua suya me bañara.

Pulgarcito me parece que juega
con la vida —mostrando su pañuelo
de ceguedad— a la gallina ciega;
mas al siguiente instante
juega a los encantados con los árboles ¡vélo,
murmuro sin pensar que estás distante,
cómo sale triunfante!

Ante la lentitud de ese riachuelo
creerán que soy el pájaro —causante
de la inmovilidad del arroyuelo—
con el cual el fotógrafo cincela
la paralización de su clientela.
El fotógrafo quiere, reveladas
dentro de mis pupilas neblinosas
todas aquellas cosas
por él fotografiadas.

Me convertí en un rápido viandante
por llegar a tu lado,
con lo cual, adelante
se colocó de mí, huella impaciente
con la que he tropezado;
para que nadie fuera nuevamente
víctima de un tropiezo, mi mano la ha borrado
con lo que me he extraviado.

Si vieras lo pasado,
la grima cruzaría tu destino,
porque siempre te hiere
saber que existe un pie —que está parado
dejando que sus huellas prosigan su camino—
pues sólo puede ser del que se muere.

Cuando borré la huella con la que tropezara
quedóseme en la mano; como me miro ciego
y con un hilo tal, siento que llego
a un laberinto; para
que tú puedas hallarme
tendrías que buscarme
tras volver en "Ariadna" las letras de tu nombre.
A los ojos del hombre
que estaba a tu costado, yo presiento
que me guiará tal hilo tras dejar esta gruta,
mas es una migaja que vuela de la ruta
que en la palma ya siento
la huella que devora la violencia del viento.

Como, por su silencio, se mira que la ausencia
descalza a Pulgarcito, sin pisar con violencia,
por no perjudicarse
las plantas, se presencia
tanto tiempo de pie, para calzarse,
las piernas sepultadas, unas botas de tierra.

"Abre la boca y cierra
los ojos" en su juego me murmura
quien sueños va regando por toda la llanura.
Para dormir me veo
buscar por todas partes, el bostezo de lino
de una sábana. Busco, pues a dormir camino,
la almohada que inmóvil ha dejado Morfeo,
pues al sueño su mano la condena
derramándole siempre más arena.
Y el donador de sueños aparece
precedido por una mordedura
de invisibles manzanas, un sueño me procura
que, pues muerte parece,
mientras quedo dormido, solamente me entierra
con una paletada de su tierra,
por eso tú me ves
enterrado, tan sólo, de los pies.

Cuando sueño pudiérase pensar,
pues se ve de mis ojos el derroche
—por mis negras pestañas— de la noche,
que voy a despertar.

Pues estaba soñando que dormía,
dos veces ha tenido
que despertarme el ruido
del viento que en las sienas yo sentía,
para dejar por fin de estar dormido.

Me encantaron las botas.
Tras el ímpetu intenso
para alcanzar tu imagen en descenso
con las fluviales gotas,
podré desencantarme cuando llegue,
mojándome la mano,
la carrera del río que con nosotros juegue;
tiene de tal manera,
con el polvo, la palma, toda la carretera,
que, por estar cercano,
mi cuerpo de tu cuerpo, me lavé yo la mano.

Aunque, por no perderse
Pulgarcito reparte
dentro de sus sandalias
—ya que, con esa acción, sí puede verse
llegar al mismo sitio del que parte—,
la secuela de guijas; en la suela,
su pie, que es una brújula, no puede
dejar de permitir que en el boscaje
Pulgarcito perdido se nos quede,
ya que cuando se nota
que empieza nuevo viaje,
sus pies van en la noche de verídica bota
perdida por la planta del gigante.

Corno no te presencio
yo digo, por mi lado: lanza fuertes sonidos,
que el trébol de cuatro hojas del silencio
no te esconda, mujer, de mis oídos.
Recuerda que decías lo siguiente:
"muchas praderas hay, donde conviven
tréboles de cuatro hojas solamente;

mas por ello se ven
perdidas las llanuras en que viven".

Llámame fuertemente,
lanza un grito que sea
trébol que, con tres pétalos, se mire
—por más que en la campiña que solamente tiene
tréboles de cuatro hojas su sitio se perciba—
como una aguja fácil en medio de un pajar.

Por la telepatía, con la palma,
que fue para los pájaros un nido,
el viento me sientes emplumar un pensamiento
que no quise, de pronto, verlo cruzar el viento
porque tendrías mi alma
junto con su tristeza
—puesto que su dolor fue producido
por el alejamiento—
por ello, conveniente hubiera sido,
por retener 'al ave y su amargura
dentro de mi cabeza,
pensar que una manzana se madura.

Se podría creer que el ave mía
puede llegar a un árbol que no sea
tu estática figura; mas a quien esto crea
yo decirle podría:
como la única parte donde nunca ha llegado
el dominio invernal, es a su pecho
donde está una parvada de latidos presente,
pues helo comprobado con el hecho
de que vimos un día
que resultó una jaula de la radiografía
que se hizo de ese sitio, mando directamente
mi pájaro mental,
como quien sus epístolas envía
con el sello postal de una paloma,
a la gente que vive en lejanía.

Tan inmóvil estás, sin acercarte,
que un arbusto pareces,
sobre tu tronco ofreces
un corazón grabado.

Si pudiera mirarte
vería que en tu faz el movimiento
del más mínimo gesto se lo debes al viento;
tiene tu corazón, atravesado,
como flecha, mi pájaro, delgado
porque le es imposible conseguir alimento:
la flecha no se mueve, su pico no disfruta,
porque queda muy lejos, de la fruta
del corazón que tiene, ya por fin, un latido
que escapa, sin moverse, del invierno.

Por salvar la más alta cordillera
cuando cruce, buscándote, la Altura,
yo tengo una paloma mensajera
con que siempre rubrico mi escritura.

(Nueva aparición del ángel del silencio).

Un concéntrico círculo corona
del ángel que percíbese, la frente,
por lo que, ya que es agua, su persona
nos reflejó la imagen del ave de mi mente.

Los nimbos mencionados
son círculos concéntricos nacidos
sobre el agua bendita; círculos instalados
encima de la fuente de los glorificados:
de los ángeles, hombres a la tierra venidos
naciendo sobre nidos.

Aunque fuesen intensos los sonidos
al hablarnos tú y yo, de igual manera



mirar, entre nosotros, al ángel se pudiera,
pues tiene, por ser ángel
que baja de la Altura,
tapados los oídos.

Pues el ángel reduce todo lo columbrado
con su divinidad a la terrena
situación, mi reloj fue transformado
en un reloj de arena,
con lo cual el tic tac fue suprimido
porque no permitía
que el ángel ya no sordo cruzara por la vía
del cuento, con mis pasos, conseguido;
mas en el corazón del ave mía
percibir es posible que entre cada latido
pasa también un ángel. He sentido
mi pájaro, tras esto, por siempre condenado...

pues aunque se muriera
y el mundo del silencio conociera,
por ángeles sería circundado.

El pájaro se ve tan sorprendido
cuando sobre una rama lo vemos detenido
que, pues sus patas tiemblan después de tal encuentro
con el ángel que pasa, todas las pomas sienten
tanta atracción de espacio que, pues caer presienten,
de distinta manera
se contemplan que el hombre: con la carne por dentro,
con la sangre por fuera.

Delante de un goloso, no ocurre en el ramaje
que todas las manzanas se resistan
a no ser árbol ya, teniendo un traje
de palidez que vistan:
solamente lo rojo, de una poma,
se percibe en mi mano
cuando sacude el tronco de un manzano,
con lo que luego toma
la fruta que, por ello, se desploma.

Pues es la resortera
la fábrica que instala
sobre la piedra un ala,
mi pájaro medroso muerte espera,
después de que percibe que en esa cetrería
—pocos minutos antes de que empiece su viaje
la guiija que miramos hoy que vuela—
la ponen a que huela,
como si fuese un can de cacería,
una prenda del ave que huye por el ramaje.

Tu niño se introduce en la corriente
porque tiene esperanza, por el calor presente,
de ser aquella nube que columbra
tu cuerpo que se pierde en la penumbra
formada por la fronda.

El cielo de tal modo se refleja
sobre el agua del río que, desde él, aconseja
penetrar en las ondas que retienen la Altura,
para pescar un ángel.

Ante el río, murmuro: Casa de los Espejos,
salón de sociedad que nos presenta
con las espaldas nuestras; entre tantos reflejos
tu puerta de salida
es el único sitio donde no se da cuenta
que va a dejar su cárcel, la persona perdida.

Al ser multiplicado seis veces su reflejo
se ve tan similar a sus hermanos,
que toca Pulgarcito con sus manos
su propia superficie por ver si es un espejo.

Dentro de este recinto
me pudiera quedar aprisionado
—si me creyese hermoso— de llevar a mi vera,
prendida de mi mano por este laberinto,
la puerta de la casa, tras haberla tomado
con la intención narcisa de que se me perdiera.

Cuando dejo las aguas, se ve el fallecimiento
de Narciso, que muere para que con su aliento
no se empañe el espejo que el río le coloca,
por mirar si respira, delante de su boca;
y aunque sobre las ondas el envío
de mi aliento pasara,
sería muy difícil que el agua se empañara
pues veloz es de nuevo la carrera del río.

Después de que una poma ha naufragado
los círculos concéntricos que fragua
son la tripulación
que lleva hacia las márgenes su nado
buscando salvación;
tras de que Pulgarcito la margen ha tomado,
viendo que de esos círculos del agua,
tan sólo no se mueve la ribera,
se me verá jugar, pues a mi juego
de círculos concéntricos me entrego:
mi comba siempre espera
que en sí se precipite
la piedra de un muchacho que en ella se ejercite.

Tras el viaje, me quejo
de ver que en el principio de mi nuevo destino,
como quien muere, dejo

como postrera huella mi camino.
Cuando, de ti ya cerca, ya por fin he logrado
terminar este viaje,
contemplo mis sandalias asombrado
por la huella grandiosa del paisaje.

Cuando ya me percibes a tu vera
me ves mirar la mano, compañera,
pues la mirada advierte
que en la palma ha tenido nacimiento
la línea de la vida,
la cuerda con que Ariadna nos lleva hacia l muerte.